

A la memoria de académicos fallecidos:

Luis Castelazo Ayala

RAMON DE LA FUENTE*

La noche del 18 de marzo, falleció en esta ciudad de México, a la edad de 64 años, Luis Castelazo Ayala.

Se me ha pedido evocar, en este recinto de la Academia Nacional de Medicina, la memoria de quien fue su ilustre presidente. Agradezco a la mesa directiva la delicadeza de hacer recaer en mí este honroso encargo.

Bien sabemos que la historia de la medicina mexicana se ha formado con los sueños, los sacrificios y las luchas de muchos hombres. Algunos, destacan de manera singular porque merced a su energía y a su talento abrieron caminos e impulsaron su desarrollo en nuevas direcciones. Luis Castelazo ocupa entre ellos un lugar de distinción.

La magnitud de su obra ha sido recientemente expuesta y justipreciada en una ceremonia memorable, en la cual las autoridades del Instituto Mexicano del Seguro Social dieron su nombre a una unidad médica de las varias a las que él dio vida.

In memoriam ofrecido en sesión ordinaria de la Academia Nacional de Medicina, el 15 de agosto de 1984.

* Académico titular.

Seré parco en el relato de sus logros científicos e institucionales, mas pondré el acento en algunos aspectos admirables de su carácter.

Luis Castelazo nació en esta capital, el 9 de septiembre de 1920, cuando aún era pequeña y hasta acogedora, en el seno de una de esas familias en las cuales naturalmente se cultivan al calor del hogar, los valores del espíritu. Su padre, don Ernesto, ingeniero de minas, fue un hombre bondadoso y sensible. Su madre, doña Luz, fue una mujer de gran inteligencia y entereza moral. Tengo el convencimiento de que ellos jugaron una parte importante en que Luis Castelazo haya sido siempre hombre de principios y de lealtades.

Más de cinco décadas fuimos compañeros y amigos: tuvimos los mismos maestros, a veces ocupamos la misma banca, y en el curso de nuestras vidas compartimos intereses y experiencias. Puedo por ello dar testimonio de que desde su ingreso a la escuela primaria, Luis Castelazo fue siempre el mejor estudiante y a mi juicio, nunca dejó de serlo.

Desde niño mostró características que al desplegarse habrían de ser las más acusadas en su recia personalidad: autoridad natural; esa clase de autoridad que no se impone sino que es conferida por otros; una disciplina inquebrantable en el cumplimiento de las tareas que aceptaba como

propias y un caudal de energía que parecía no agotarse nunca; en realidad, era incansable.

En la Facultad de Medicina de la UNAM, de 1939 a 1945, destacó en el medio de un grupo de jóvenes que pensábamos que alcanzar la excelencia en el estudio no era suficiente, que además teníamos el deber indeclinable de participar en la vida de la Universidad, que era entonces, como lo sigue siendo, crisol de la identidad nacional y tribuna para el debate de los grandes problemas del país.

Luis Castelazo mostró desde entonces una inteligencia brillante, profunda, y un gran talento organizador. Algo que llamaba la atención, era su método de análisis; un modelo de reflexión que ponía siempre la información y la objetividad en el centro de su proceso crítico. Escuchaba con atención, y al final, dejaba caer con sencillez algunas opiniones esclarecedoras y acertadas. Nunca le vi fabricar certidumbres con lo que eran solamente sus deseos y sus esperanzas.

En su vida profesional, fue ante todo muy buen médico. No es fácil explicar la alquimia que hace las excelencias del clínico, pero ciertamente Luis Castelazo tenía en abundancia algunos de los ingredientes: capacidad de observación, pensamiento claro y libre de preconcepciones teóricas, humildad intelectual y capacidad de empatía. A él le era necesario comprender la individualidad de cada uno de sus pacientes y tenía la sensibilidad para percibirla en el trasfondo de los problemas técnicamente abordables. Puedo decir que vivió intensamente a la medicina en su dimensión humana.

Fue también maestro; maestro por devoción, que inspiró a otros el amor al conocimiento y al dominio de la técnica. Por ello dejó en su campo, el de la ginecología y la obstetricia, una huella profunda y una pléyade de especialistas distinguidos que se ufanan de haber aprendido de él. Se anticipó a otros en la tarea de incorporar a su especialidad los emergentes avances científicos de la fisiología, la genética, la estadística, la endocrino-

logía y la bioquímica. El y sus colaboradores establecieron principios, normas y sistemas que elevaron el rango científico y aplicativo de la ginecología en nuestro medio.

Imprimía a todas sus empresas un gran dinamismo. Esto fue muy notable cuando fue jefe de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Medicina, a la cual enriqueció con su visión práctica, y también en su actuación como presidente de esta corporación.

Crecía en las virtudes de la medicina privada y a ella le dio un impulso poderoso. Sin embargo, los logros más significativos de su talento organizador se produjeron en el Instituto Mexicano del Seguro Social, al cual ingresó en 1943 como pasante y llegó a ser de 1971 a 1976 Subdirector General Médico, después de escalar uno a uno y por méritos propios, los puestos de jefe de servicio, jefe de enseñanza e investigación y director del principal hospital del sistema, el de Ginecología y Obstetricia.

Como funcionario, instrumentó una política médica que elevó los niveles de la asistencia, promovió en forma prioritaria el desarrollo de la atención materno infantil y de la medicina familiar, e hizo de la investigación científica parte de las actividades cotidianas de la institución.

La vida de Luis Castelazo, quien dijo repetidas veces que los verdaderos enemigos que deben combatirse sin tregua son la enfermedad, la pobreza y la ignorancia; quien pensaba que la justificación moral del poder, es poder hacer cosas por los demás, fue una lección de firmeza y de fe en la eficacia del esfuerzo humano; de la fe que se transforma en acción.

Sus amigos, sus colaboradores y sus discípulos tenemos la satisfacción de ver que las tareas a las que él dedicó lo mejor de su vida no han sido interrumpidas. El futuro permitirá evaluar mejor la trascendencia de su obra como promotor de la medicina social, como maestro y como defensor de la dignidad académica y profesional del médico.

Antonio González Ochoa

JOSE RUILOBA*

Me es difícil hacer un homenaje a la memoria de mi amigo el doctor Antonio González Ochoa en el que pueda expresar mejor lo que de él se ha dicho, pues a pesar de su reconocida modestia y resistencia a los elogios, ya en vida, maestros como don Manuel Martínez Báez, don Raoul Fournier, don Mario Salazar Mallén, su dilecto alumno Luciano Domínguez y otros, han escrito semblanzas que llenan con creces y con justicia lo que pueda señalar en este breve lapso.

Siendo yo estudiante del quinto año de medicina, conocí a González Ochoa en el Servicio de Enfermedades Infecciosas del Hospital General que dirigía nuestro gran maestro el doctor Samuel Morones, desde entonces creamos una firme y estrecha amistad. Era una persona de educación refinada, de conversación amable, atractiva, elegante y anecdótica. Aunque ya se ha dicho en varias ocasiones, cabe recordar las famosas reuniones en su casa, donde gustaba de atender espléndidamente a sus amigos y alumnos; los que ahí asistíamos gozábamos de su exquisita cocina y bien surtida bodega. Era amante del arte, en especial de la pintura y de la buena música, su sentido estético le permitía mantener una casa que sin ostentación, la tenía bellamente decorada.

In memoriam ofrecido en sesión ordinaria de la Academia Nacional de Medicina, el 26 de septiembre de 1984.

* Académico titular.

En 1943 me invitó, con la aprobación de su gran amigo el doctor José Zozaya, en aquel entonces director del Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales, a trabajar como ayudante de Investigador en el Laboratorio de Micología que brillantemente dirigió hasta su fallecimiento. Ahí conocí su amor por la investigación, su entusiasmo por la clínica dermatológica, su habilidad de maestro y el trato firme y cordial para sus colaboradores, empleados y alumnos. Todos le teníamos gran afecto y admiración, nos guiaba con sabiduría y compañerismo, sin querer imponer su autoridad, ni mucho menos sus juicios, hasta no demostrarlos como verdaderos.

Antonio González Ochoa, nació en julio de 1910 en la ciudad de Zapotlán, Jalisco, ahora Ciudad Guzmán. Sus padres fueron el doctor don Angel González, de quien aprendió el amor y la dedicación a servir a los enfermos; su madre doña Elvira Ochoa, también contribuyó a formar en él al hombre educado, bondadoso y honesto.

Los estudios primarios, los hizo en el Seminario de su ciudad natal; ahí estudió latín y elementos de teología. Pasó luego a la Universidad de Guadalajara donde cursó la preparatoria y principió la carrera de medicina, la que terminó en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México. Obtuvo el título de médico cirujano en el año de 1937. Poco tiempo después se graduó de médico colonial en la Universidad de París. En esa época, asistió a los servicios de dermatología del Hospital de St. Louis, al de pa-

rasitología del eminente profesor Brumpt y al de Micología del no menos famoso profesor Langeron. De ahí pasó al Schiffs und Tropen Institut de Hamburgo, en aquel entonces uno de los centros de mayor prestigio en medicina tropical.

Ya siendo jefe del laboratorio de micología del instituto, fue invitado al Centro de Micología del National Institute of Health, y al Departamento de Micología de la Universidad de Duke, donde permaneció alrededor de un año.

Entre las numerosas distinciones recibidas, cabe mencionar:

Medalla de oro "Liceaga" que le otorgó la S. S. A. por contribuciones en salud pública.

Invitación que por seis meses le hiciera el Departamento de Estado de los Estados Unidos, como huésped especial en un viaje de intercambio cultural.

Beca otorgada por la Organización Mundial de la Salud para visitar los centros micológicos y dermatológicos de los Estados Unidos, en 1944.

Miembro del cuerpo editorial de las revistas: "Medicina Cutánea" del "International Journal of Dermatology" y de la alemana, "Mykosen".

Medalla "Rhoda Benham" de la Sociedad de Micología Médica de las Américas.

Premio Nacional de Ciencias en el año de 1972.

Medalla y diploma de universitario sobresaliente otorgada por la U. N. A. M. en 1982.

Profesor de dermatología y micología de la U. N. A. M. y del Instituto Politécnico Nacional.

Fue miembro titular de la Academia Nacional de Medicina y fundador de la Academia de Dermatología.

Miembro honorario de más de diez sociedades extranjeras de dermatología y micología.

Autor de 197 artículos originales en revistas nacionales y extranjeras, así como numerosos capítulos sobre dermatología y micología en libros editados en español y en inglés.

En el Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales al que le dio prestigio internacional, trabajó al lado de grandes investigadores como Martínez Báez, Zozaya, Varela, Luis Vargas, Mazzotti, Colorado Iris León y otros, en la época más brillante y fructífera del instituto.

González Ochoa formó un catálogo completo de las micosis prevalentes en el país, que incluye prácticamente todos los padecimientos por hongos descritos en la literatura. Identificó los principales agentes en nuestro medio de tiña del cuero cabelludo, de la piel lampiña y de las uñas y señaló la existencia de la tiña imbricada. Dio a conocer que el micetoma más frecuente en México es el actinomicético; indicó la importancia de la esporotricosis y elaboró un antígeno para su diagnóstico que fue aceptado mundialmente. Investigó la distribución de la histoplasmosis, de la coccidioidomycosis y de la paracoccidioidomycosis en nuestro país. Participó en la evaluación terapéutica de numerosos productos contra las enfermedades por hongos y la lepra.

Para concluir debo resaltar que con la muerte del doctor Antonio González Ochoa, la Academia perdió a uno de sus más ilustres miembros. Los estudiantes a un gran maestro; el país un brillante investigador y nosotros un insustituible amigo.